

MARTINENGO, Alessandro: *La Astrología en la obra de Quevedo: una clave de lectura*. Madrid, Editorial Alhambra, 1983, 179 págs.

En el estudio «Quevedo e la scienza del suo tempo», incluido en su libro *Quevedo e il simbolo alchimistico* (Padova, 1967), recordado ahora por el autor en la nota previa al libro que nos ocupa, Alessandro Martinengo afirmaba que el autor del *Buscón* «non provava quell'indiscriminato disprezzo verso le scienze sperimentali e naturali dell'epoca (in particolare l'alchimia) che alcuni hanno poputo affermare sulla base di certi passi della sua opera» (pág. IX), y subrayaba que si ciertamente Quevedo no manifestaba por las ciencias un verdadero interés intelectual, sí tenía por ellas una viva curiosidad alimentada por abundantes y continuas lecturas.

Sabido es que parte de la biblioteca de nuestro autor fue a parar a la del monasterio madrileño de San Martín, cuyo *Indice* ha estudiado M., suponiendo además que, verosímilmente, Quevedo debió leer otros libros que constan también en aquel catálogo.

Las dos primeras conclusiones a que llega M. muestran que los libros de alquimia consignados en el *Indice* son más bien escasos, mientras que abundan las obras de astrología o de magia, con predominio de los tratados de divulgación y refutación de la época de Quevedo o de la inmediatamente anterior, sobre los textos y los clásicos del género.

Sobre esta base ha organizado M. el presente libro, centrándolo en el tema astrológico, que juzga el más importante y abundante en resonancias en el pensamiento quevedesco, y sirviéndose de los tratados teológico-científicos registrados en el *Indice* como eslabón entre el saber más antiguo y Quevedo, a fin de encontrar en ellos la clave de muchos pasajes de sus obras, todavía hoy no bien clarificadas.

El libro, sólidamente documentado, se compone de seis capítulos y un apéndice, predominando el elemento histórico en los cuatro primeros, que tienen como base la estancia de Quevedo en Nápoles, y el temático en los últimos. De su contenido doy cuenta sucinta a continuación.

I. «Astrología y demonología en los tres *Sueños* primeros» (págs. 9-41). Comenta M. el episodio de los alquimistas del *Sueño del Infierno*, aportando varios textos latinos, entre los que destacan los de Raimundo Lulio y el seudo-Lulio. De todos modos, M. declara la dificultad de indicar fuentes u obras de referencia precisas, porque Quevedo juega con una serie de tópicos abundantes en gran número de textos químicos y herméticos, aunque del *Indice* se deduce que Quevedo no poseyó muchas obras de alquimia o que leyó pocas. Pero sí tuvo como libro de cabecera, en particular para la identificación de supersticiosos con herejes, el manual del jesuita Martín Antonio del Río, *Disquisitionum magicarum libri sex*, Lovaina, 1599.

II. «La astrología como instrumento de sátira política» (págs. 42-71). El *Índice* abunda en libros de astronomía, astrología, matemáticas y ciencias aplicadas, así como de medicina e historia natural. M. los imagina procedentes de la biblioteca de Quevedo o, por lo menos, leídos por él; en algún caso, anotados. Supone también M., basándose principalmente en la correspondencia poética cruzada en 1617 entre Quevedo y el duque de Lerma, que aquél coleccionaba instrumentos astronómicos, y una esfera que prestó al duque y éste no devuelve, es el motivo de este intercambio de mutuos versos satíricos, a partir de un soneto de Quevedo —«La esfera en que divide bien compuestas», que M. comenta agudamente.

En contra de las opiniones de Astrana Marín y de Crosby, que veían en este intercambio de burlas y punzantes ironías una prueba de la gran amistad que unía a Quevedo con el duque, M. considera el romance de Quevedo «Vos os preciáis de Petrarca», «la respuesta a una declaración de guerra, a cuyas exigencias estratégicas se supedita dócilmente el tema astrológico».

III. «Exorcismo de la “nueva” ciencia» (72-104). Se estudia en este capítulo el ambiente literario e intelectual en que se desarrolló Quevedo durante su estancia en Nápoles al servicio del duque de Osuna. El punto de partida para este estudio son las noticias que da Antonio de Tarsia en su biografía de Quevedo —ya estudiada por M. en un trabajo reciente¹—, al tratar de la llegada de éste a Nápoles en 1618, donde fue recibido con entusiasmo y grandes honores, porque, aunque actuaba a la sombra de Osuna, lo hacía principescamente. Basándose siempre en la biografía de Tarsia y en otros testimonios coetáneos, M. perfila el entorno político y literario de Quevedo, formado fundamentalmente por un grupo minoritario de aristócratas y alto clero fieles a la corona española, y cuyo ideal, como dice M., «se cifraba en el cultivo de un humanismo grecolatino de sabor arcaizante y en una concepción de la literatura y la filología como *turris eburnea*: aficiones que venían a coincidir con el apego al *status quo antes* y con los intereses creados» (pag. 88).

En la cultura napolitana de los siglos XVI y XVII, se continuaba manteniendo culto a la alquimia y a la astrología, aunque no está claro si los experimentos anejos a estas disciplinas se llevaban a cabo a nivel individual o, lo que parece más difícil, en el ámbito de alguna de las academias que funcionaban en Nápoles. En cualquier caso, parece ser que la tarea principal asignada a la Academia de los Ociosos, fundada por el conde de Lemos, era «la de exorcizar un retorno al “movimiento profético del primer Renacimiento”, con todo lo que esto hubiera significado en asuntos de renovación filosófica y anhelos de cambio social» (pág. 97). Quevedo, que no parece haber formado parte de dicha Academia, pero que si tenía aficiones alquímicas y astrológicas, realizó su exorcismo valiéndose de su genio satírico.

IV. «Reivindicación de la ortodoxia de la ciencia antigua» (105-129). Varias y difíciles fueron las vicisitudes de Quevedo al perder el favor del veleidoso Osuna, comenzando por las primeras persecuciones que sufrió en España en las postrimerías del reinado de Felipe III. Apoyado en una selecta documentación y en sus sólidos conocimientos de la vida y obra de Quevedo, M. sigue el rastro de este episodio lamentable, que el propio Quevedo comentó en los *Grandes Anales de quince días*, donde dejó testimonio de aquellos sucesos. No tardó en dar de ellos una visión literaria en el episodio dedicado al marqués de Villena en el *Sueño de la muerte*. Allí, Quevedo, por boca de don Enrique de Aragón, hace un juicio, tal vez irónico, acerca de la santa vida del difunto Felipe III y una profecía mucho más audaz e inquietante sobre el futuro de España bajo Felipe IV: «Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones».

Tras estos capítulos de predominio histórico, M. consagra los dos restantes a estudiar dos aspectos temáticos de la obra quevedesca relacionados con la astrología.

V. «Astrología y amor cortés» (130-148). Aborda aquí M. el estudio de una serie de recursos metafóricos e hiperbólicos utilizados por Quevedo para la expresión de situaciones amorosas y exaltación de encantos femeninos. M. califica, quizá un poco exageradamente, a estas poesías de «verdaderos ensayos de poesía cósmica», al descubrir en ellas «una visión más bien contemplati-

¹ Alessandro Martinengo, «La “Vida de Quevedo” de Paolo Tarsia: *Discours y recits*», en *Homenaje a Quevedo*, Salamanca, 1982, págs. 59-68. *Actas de la II Academia Literaria Renacentista*.

va y especulativa del cosmos, concebido aún, sustancialmente, dentro de las coordenadas establecidas por Tolomeo» (pág. 141).

Abundan también las referencias quevedescas al tema de los influjos astrales, aunque, señala M., lo son en las poesías satíricas y cómicas, tal vez porque por entonces era ya peligroso, por las restricciones de la teología moral, tratar el tema seriamente, «condenando cualquier creencia en el influjo de los astros sobre los “futuros contingentes”».

V. «Adivinación contra ciencia pura en los tratados de la madurez» (149-172). Se comentan aquí pasajes de *La cuna y la sepultura*, aproximándolos a escritos de Montaigne, como la *Apologie de Raimond Sebond*, a quien supera en limitación y radicalismo. Quevedo niega «las posibilidades mismas de la ciencia y del conocimiento humanos», llegando a «una postura de nihilismo cristiano absoluto».

M. se inclina a creer que sólo las matemáticas se libran del fracaso total de las ciencias, según el criterio de Quevedo, quien, eso sí, arremete contra las ciencias del universo, a las que considera conectadas con las prácticas de la adivinación. Quizá en escritos posteriores, como *La hora de todos*, Quevedo no se muestra tan escéptico y nihilista con respecto a las ciencias, aunque sí mantiene un escepticismo «de una ambigüedad agria y angustiosa a la vez».

Al comentar algún pasaje del *Marco Bruto*, M. descubre, en comparación con *La hora de todos*, una gran variedad de matices que denotan una actitud más flexible con respecto al tema y al reconocimiento de cierta validez a la ciencia, aunque se rechaza «la ambigüedad de sus aplicaciones a la vida humana, contraponiéndolas al ejercicio totalmente desinteresado de la ciencia misma». Pero aun manifestando siempre su inquina contra la astrología judiciaria, Quevedo admite que en casos de graves decisiones políticas, los príncipes y gobernantes «pueden, e incluso deben, acudir al consejo de los adivinos o astrólogos, aunque no deben hacer depender exclusivamente de ellos sus determinaciones» (pág. 170).

Como queda dicho, M. completa su libro con un apéndice sobre la biblioteca de Quevedo, cuyas vicisitudes expone brevemente. Parte de esa biblioteca, que parece haber alcanzado los 5.000 volúmenes, fue a parar, por compra, hacia 1697, a la biblioteca del monasterio madrileño de San Martín, por cuyo *Índice general* conservado se puede comprobar el contenido de la biblioteca de nuestro autor, parte con certeza, parte por conjeturas, si admitimos que los libros de fecha anterior a su muerte pudieron pertenecerle o haberlos leído.

M. agrupa en tres secciones los títulos del *Índice* «con el fin de sugerir un panorama de las probables lecturas quevedescas en el ámbito temático seleccionado con la presente investigación»: a) obras de probable asunto astrológico; b) obras de tema alquímico y enciclopedias científicas de carácter general; c) obras que pudieron formar «la sección italiana de la biblioteca de Quevedo, tal y como vino a constituirse en relación con las experiencias y los intereses del período sículo-napolitano de su vida».

Un libro, en fin, éste de Alessandro Martinengo, que todos los estudiosos de Quevedo agradecerán, por su originalidad y seriedad científica, y por la luz que arroja sobre aspectos oscuros de la obra y del pensamiento quevedescos.

JOSÉ ARES MONTES

MAILLO SALGADO, Felipe: *Los arabismos del castellano en la Baja Edad Media (Consideraciones históricas y filológicas)*. Ediciones Universidad de Salamanca. Instituto Hispano-Arabe de Cultura. Studia Philologica Salamanticensia. Anejos Estudios 10. Salamanca (1983), 379 pp.

El estudio de los arabismos en la lengua castellana en un período histórico hasta hoy sólo se había abordado en una prestigiosa obra, la de E. K. Neuvonen, *Los arabismos del español en el*